

Miembros de honor: *Alonso Zamora Vicente*
Francisco Umbral
Alfredo Bryce Echenique
José García Nieto
Manuel Álvarez Ortega
Andrés Amorós
José María López Ariza
Rodrigo Gutiérrez Córcoles
Aurora Zárata Rubio
Francisco Nieva
José Hierro
Antonio Martínez Sarrión
Ana María Matute
Fernando Arrabal
Guillermo Cabrera Infante

I.S.S.N.: 0213-0947
Depósito legal: AB. 700-1987
Edición: Compobell, S.L. - Murcia

BARCAROLA

REVISTA DE CREACIÓN LITERARIA
Patrocinada por el Excmo. Ayuntamiento y la
Excmo. Diputación Provincial de Albacete

Director

Juan Bravo Castillo

Codirector

José Manuel Martínez Cano

Consejo de Redacción

Antonio Beneyto
Javier del Prado Biezma
Antonio García Berrio
Llanos Moreno Ballesteros
Rafael Ballesteros

Diseño

Damián García Jiménez
Guillermo García Jiménez

Representación Corporativa

Miguel Arroyo
Francisco Belmonte

Periodicidad trimestral

Julio, 1994, n.º 46

Precio de este ejemplar,

750 pesetas (IVA incluido)

Suscripción año 1994 (números 46, 47, 48 y 49) 2.700 pesetas.

02080 - Apartado 530 (Albacete) (España)

(967) 59 61 00 Extensión 1615-16

(sólo mañanas).

NOTA: No se mantendrá correspondencia sobre los originales recibidos y no solicitados.



Tristan Tzara o el lenguaje que ya no se refiere al mundo

Asun Bernárdez Rodal

TRISTAN Tzara es el siglo XX que se cae y se levanta estremecido apoyándose siempre en lo irracional, en esa parte inaprensible del comportamiento y las actitudes de los hombres. Tristan Tzara está hoy entre nosotros porque cuanto más sabemos, más desorientados estamos en un mundo de imágenes imposibles, conocimientos huidizos y realidades que son reflejo de otra realidad incierta, y así hasta el infinito.

Para entender el siglo XX —para entendernos— necesitamos a Tristan Tzara y al Dadaísmo, porque con ellos tomó forma artística toda la corriente subjetivista y nihilista que atraviesa formas e ideas de la contemporaneidad. Es Tristan Tzara quien dijo (¿No podrían ser palabras de Nietzsche?) que:

«La filosofía es la cuestión: de qué lado empezar a mirar la vida, dios, la idea, o cualquier otra cosa. Todo lo que uno mira es falso. El resultado relativo no me parece más importante que escoger entre pastel y cerezas para el postre. La manera de mirar rápidamente el otro lado de una cosa, a fin de imponer su opinión indirectamente, se llama dialéctica (...) Uno cree poder explicar racionalmente, mediante el pensamiento, lo que uno escribe. Pero es muy relativo. (...) La dialéctica es una máquina divertida que nos conduce / de una manera

banal / a las opiniones que hubiéramos tenido de todas maneras»¹.

Los años del Dadaísmo son los años de la plena conciencia europea del problema que el lenguaje y su referencia al mundo plantea al pensamiento y a la crítica general. Después de Nietzsche, Freud y Marx aparece una nueva crítica basada en la «*desconfianza del lenguaje*»², la sospecha de que el lenguaje esconde algo más de lo que muestra, porque su referencia al mundo es gratuita, y condenado a mostrar siempre la pérdida de la presencia originaria de los objetos a los que pretende designar. El lenguaje no muestra la verdad de las cosas, sino que sirve sólo para engañarnos. Por eso Tzara dijo: «*Odio la objetividad grasa y la armonía, esa ciencia que encuentra que todo está en orden*»³. Sin referencialidad, sin una razón ordenadora, todo es desorden y sería una hipocresía seguir confiando en cualquier sistema de pensamiento racionalista. En las palabras de Tzara: «*Estoy contra los sistemas. El más aceptable de los sistemas es no tener, por principio, ninguno*»⁴, resuenan las palabras de Nietzsche: «*La voluntad de sistema es una falta de honestidad*»⁵. Por eso no es casualidad que casi contemporáneamente a la redacción del primer manifiesto dadaísta, allá por 1915, Einstein formulase la teoría de la relatividad, o que Wittgenstein, mientras luchaba en las trincheras de la Primera Guerra Mundial, escribiese su *Tractatus* intentando racionalizar los problemas del lenguaje, sin darse cuenta de que bajaba así más deprisa el camino que lo llevaba a la definición del lenguaje como un «juego»; es decir, como un recurso analizable sólo desde la perspectiva activa, como realización. Pero si el lenguaje ya no se refiere al mundo, ¿para qué va a hacer el arte el intento absurdo y vano de imitar la realidad?... No es necesaria tanta hipocresía, la creación debe ser incomprensible: «*El arte es algo privado, el artista lo hace para sí mismo; la obra comprensible es producto de periodistas*»⁶.

Tzara y el dadaísmo consiguen captar de un modo lúcido toda la inquietud, todo el desgarrar con el que Europa se enfrenta en los albores del siglo XX. Pero los terrores no han cambiado. Si algo nos acerca a Tzara, al Dadaísmo, es la necesidad de recurrir a lo irracional que todavía necesitamos para poder, si no entender el mundo, movernos en él. Tzara presiente y teme el poder alienante del incipiente movimiento de masas y los medios de comunicación omnipresentes y omnipotentes: «*El autor, el artista alabado por los periódicos, comprueba la comprensión de su obra: miserable forro de un abrigo con utilidad pública; andrajos que cubren la brutalidad, meados colaborando al calor de un animal que cobija bajos instintos. Fofa e insípida carne que se multiplica con la ayuda de los microbios topográficos*»⁷.

1 Tristan Tzara, *Siete manifiestos Dada*, Barcelona, Tusquets, 1987, pp. 18-19.

2 Vid. el interesante libro de Michael Foucault, *Nietzsche, Freud y Marx*, Minuit, París, 1967.

3 Tristan Tzara, *Ibid.* p. 20.

4 Tristan Tzara, *ID.*

5 Nietzsche, F. *El crepúsculo de los ídolos*, Madrid, Alianza, 1989, p. 33.

6 Tristan Tzara, *Ídem*, p. 20.

7 Tristan Tzara, *Ibid.* p. 22.

El Dadaísmo comprendió lo inútil de buscar una razón externa ordenadora. Estamos en tiempos de perpetuo caos y dinamismo, porque la historia crítica de este siglo, es la historia de la crisis que provoca la conciencia de que el lenguaje es un sistema autorreferencial, que devuelve la imagen de un mundo que nada tiene que ver con su realidad. Dadá no significa nada, no es referencial, es un juego libre de sentidos. Pero el arte es en sí mismo paradójico, porque quiera o no, expresa la sociedad; y al expresarla la contradice, la niega o la cambia. Todo puede ser excepto la pasividad, el movimiento de la inspiración al margen en su arte y éste se convierte en un desconocido que camina a nuestro lado sin darnos cuenta. El Dadaísmo fue una explosión irracional de lo artístico en una sociedad que lo miró por encima del hombro y sonrió, sin darse cuenta de que la mirada no es nunca inútil; una sociedad que al mirar, desvía hipócritamente la mirada, pero se queda ya afectada, contaminada con la visión de lo que ha presenciado. El Dadaísmo es lo irracional, lo no-significativo, es aquello que se escapa del análisis del universo lingüístico. Pero Tzara consiguió mostrar cómo la poesía es una fuerza viva en la cultura, y su nihilismo es una prueba de la naturaleza ilimitada del pensamiento por el hecho de ser lingüístico, y la angustia que produce en aquellos que intentan traducir ese pensamiento en palabras. El nihilismo de Tzara y los dadaístas es el punto de contacto que ha unido el desarrollo histórico y del pensamiento de todo el siglo XX, es lo que nos mantiene cercanos a las manifestaciones artísticas de principios de siglo, y que hace que no nos sintamos radicalmente alejados de ellas. Hemos aprendido la imposibilidad de salirnos del universo lingüístico, de la aporía del lenguaje y de todo lo irracional que en él se encierra, y que contiene en sí mismo fisuras, una parte inefable que permite al hombre la creación artística y todo el juego «gratuito» del pensamiento.

La irracionalidad, el subjetivismo, la crisis de la referencialidad del lenguaje es lo que late en la escritura y la pintura dadaísta, pero es también el espíritu que anima los movimientos críticos y teóricos contemporáneos que sitúan al hombre en un universo en el que ya no aparece como posible la referencia a la verdad.

